

928

Z.

P2 2528
A4
1902



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de EL PUEBLO.—Don Juan de Austria, 14, Valencia

EMILIO ZOLA

(NOTAS DE UN AMIGO)

I

Los orígenes



Zola á la edad de ocho años

En pleno corazón de París, á dos pasos del boulevard de la Bolsa y de los Mercados, en ese barrio comercial donde la vida bulle desde la mañana hasta la noche, la calle de San José es una especie de pasaje al aire libre, estrecho y corto, que va desde la calle de Sentier á la calle Montmartre. Fué allí, en el número 10, donde el 2 de Abril de 1840 nació Emilio Zola, de un padre italiano, Francisco Zola, y de una madre francesa,

Emilia Aubert. He aquí los detalles biográficos que he podido recoger sobre el padre.

En Venecia, en el siglo último, había algunos Zola.—Todavía existen hoy primos lejanos del que voy á biografiar.—Uno de estos Zola casóse con una joven de la isla de Corfú. De aquel matrimonio, cruzamiento de un italiano y una griega, nació, en 1796, un hijo, que recibió el nombre de Francisco.

Francisco Zola tenía ocho años cuando Napoleón I fué proclamado emperador. En aquel tiempo, ser italiano era casi ser francés, y por consecuencia, estar destinado á la carrera militar. Sirvió tres años en la artillería italiana. A los diecisiete años, es decir, en 1813, combatía en calidad de oficial en el cuerpo de ejército mandado por el príncipe Eugenio. Después de la caída de Napoleón, al pasar Venecia al dominio austriaco, abandonó la carrera militar y se hizo ingeniero civil. Muy inteligente y muy activo, publicó en italiano varias obras de ciencia, entre otras cierto *Trattato di nivellazione*, que le valió primero el título de miembro de la Academia real de Padua, y más tarde una medalla de oro del rey de Holanda. Poco faltó, pues, en aquella época para que, habiéndose hecho una posición, se fijase definitivamente en su país. Pero la dominación austriaca vejatoria y tiránica reinaba allí desde 1815, entristeciendo aquella hermosa vida italiana que tanto gustaba á Sthendal y empobreciendo y haciendo inhabitables la Lombardía y la Venecia. A consecuencia de no sé qué altercados con aquella dominación, el ex-oficial del príncipe Eugenio, tomó un gran partido: expatriarse. Entonces comienza un período de años aventureros, durante

los cuales, sin fijarse en ninguna parte, el joven ingeniero realizó una especie de «vuelta á Europa.» Primero va á Alemania y coopera como ingeniero en la construcción de uno de los primeros caminos de hierro alemanes. De Alemania pasa á Holanda; después á Inglaterra. Después de 1830 aparece en Argelia, donde se hace otra vez militar, y sirve como capitán en la legión extranjera. En fin, licenciada esta legión, abandona la Argelia y desembarca en Marsella.

Encontróse satisfecho en aquella ciudad el veneciano, que no había podido aclimatarse en medio de las brumas de Holanda y bajo la niebla perpetua de Londres. La Cannebière con sus cafés y su abigarrada multitud de todas las naciones, las alamedas de Mehilan sombreadas de plátanos, y la calle de San Ferreol con la elegancia parisién de sus grandes tiendas, le sedujeron. Todo aquello era brillante, ruidoso y alegre, con esa alegría meridional de las ciudades en que se pasa la vida al aire libre; y hasta el provenzal con sus sílabas armoniosas, le recordaba la lengua materna. Creyóse sin duda de vuelta en la patria, pero en una patria más viva, no embotada como la otra bajo el yugo extranjero, en una atmósfera de comercio, de industria, de grandes negocios, en que su actividad, hasta entonces errante é inquieta, iba al fin á encontrar empleo. Abrió, pues, en Marsella un despacho de ingeniero civil.

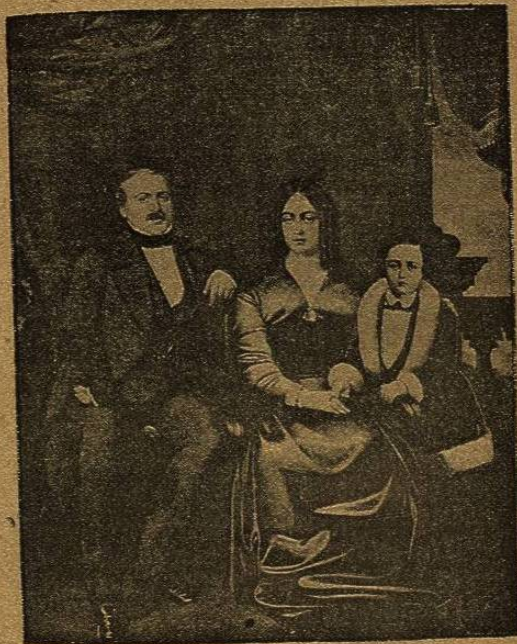
Francisco Zola tenía entonces cerca de cuarenta años, la edad de la madurez, en que uno sabe lo que quiere y comienza á ver claro en la vida. Decidido á no abandonar aquella segunda

patria de la Provenza, sueña, trabajando al principio para simples particulares, en dedicarse por completo á algún vasto proyecto de interés público que haga su nombre popular y lo deje para siempre unido á la región. Ciertos espíritus viven así atormentados por la necesidad de hacer algo grande. ¿Qué proyecto de trascendencia iba él á emprender en Marsella? Sólo vive ésta del mar, de su comercio marítimo. El viejo puerto, muy seguro, pero estrecho, siempre cubierto de navíos, resultaba insuficiente. Todo el comercio marsellés reclamaba ya á voz en grito uno nuevo. Después de una minuciosa inspección de los lugares y de maduras reflexiones, preparó el proyecto de un nuevo puerto, que colocaba en los Catalanes, en el fondo de una bahía naturalmente muy abrigada y con pasos de salida para el tiempo del mistral.

El mistral, ese terrible viento del Noroeste tan glacial y de ráfagas tan violentas, es el azote de la Provenza. Los marinos del golfo de Lyon le temen, huyen delante de él y van á refugiarse más allá de Córcega y Cerdeña. Su idea no era mala; al contrario, era tan conveniente, que hoy vuelve á pensarse en ella. Pero el proyecto de la Johette la sustituyó entonces. Los marsellese tuvieron un puerto muy cercano á la ciudad, pero poco seguro. Y en cuanto á él, después de mucho trabajo, de muchos pasos y de un viaje inútil á París, quedóse solamente con un legajo enorme y algunos atlas soberbios que están todavía hoy en posesión de su hijo.

No se desanimó. Buscó en otro sitio que no fuese Marsella. A una treintena de kilómetros,

que se recorrían en aquel tiempo en diligencia, está Aix, la antigua capital de la Provenza, convertida en simple sub-prefectura: veinticinco mil



LOS PADRES DE ZOLA
(Copia de un retrato de familia)

almas de población; poco comercio, aparte de los aceites y las almendras; poca industria, fuera de las fábricas de sombreros; pero en cambio, un arzobispo, un presidente de Audiencia y un rector de Universidad; facultades de derecho, de teolo-

gía y de letras; pero no facultad de ciencias, como si la ciencia fuese cosa demasiado moderna y demasiado viva para una ciudad del pasado, sumida en sus recuerdos, tranquila y silenciosa, de viejos caserones melancólicos. Tal como era, aquella especie de Versalles provenzal atraía entonces mucho á nuestro ingeniero. Con frecuencia, en aquella época, 1836 y 1837, iba á pasar allí un día. La víspera, para estar seguro de poder partir, iba á buscar su billete de la diligencia. Y por la mañana subía en el carruaje, en el paseo de Belzunce. Muy accidentado y pintoresco, lleno de cuevas y pendientes rápidas, el camino resultaba verdaderamente delicioso. En Septèmes una parada de diez minutos para cambiar de caballos. Dos horas y media después de haber abandonado el paseo de Belzunce la diligencia, desembocaba en lo alto de la cuesta del Puente del Arco, recorría al trote la avenida de la Rotonda y hacia su entrada en la Alameda. «Aix tiene una hermosa entrada», dicen generalmente los que van allí por primera vez. En 1836 «la Alameda», que se llama ahora «Paseo Mirabeau», y que no está más que sombreado por plátanos, árbol aldeano, de toseco follaje y sombra opaca y triste, era entonces de un aspecto más noble con sus dos alamedas de olmos seculares, de follaje ligero, en armonía con las viejas casas, sobre las cuales se posaba una sombra suave. Pero, en aquel tiempo, de las tres fuentes del paseo, sólo la «Fuente-Caliente» vertía su agua humeante. Las otras dos, la del Rey-René y la de los Nueve-Caños, no estaban allí más que por pura forma. Habiendo notado el in-

geniero que las otras fuentes de Aix, una vez llegado el estío, tampoco corrían, concibió, en uno de sus viajes, el proyecto de proporcionar agua á aquella ciudad sedienta.

Toda aquella parte de la Provenza es muy seca. ¿Dónde encontrar el agua? ¿De dónde hacerla venir con los recursos exiguos de una ciudad de veinticinco mil almas, que no puede tener, como Marsella, la pretensión de desviar un río lejano para obtener agua potable? Estas dificultades no desalientan á Francisco Zola. Se le ocurre la idea de construir en Aix un canal con barrera, como había visto en Alemania, país poco rico, donde no se tiran los millones por la ventana. El ingeniero multiplica sus viajes, visita los alrededores y con certero golpe de vista descubre á las puertas de la ciudad, á tres kilómetros, un desfiladero cuyas pendientes arrastran todas las aguas de la lluvia. Se puede cerrar la garganta con un dique capaz para retener las aguas. Se formará de este modo un «pequeño mar», especie de inmensa cisterna que se llenará en la estación de las lluvias y desde donde será fácil llevar las aguas hasta Aix por un canal muy corto y poco costoso.

La idea era sencilla y científicamente practicable. Solamente que, en materia de trabajos públicos, hay gran distancia de la idea primitiva á la realización. A partir de aquel año 1837, Francisco Zola se consagró por completo á aquel canal, desde ahora principal objeto de su vida. Pero ¡cuántos obstáculos, cuántas malas voluntades que combatir y cuántas inercias privadas y públicas

que romper! Era preciso remover cielo y tierra, encontrar fondos, formar una sociedad, imponerse á las autoridades locales, lo mismo que á la superior. Hélo ahí, siempre por montes y por valles, corriendo de Marsella á Aix y de Aix á Marsella, y haciendo frecuentes viajes á París. Fué en uno de estos viajes, en 1839, cuando se casó.

Tenía cuarenta y tres años y la que hizo su esposa diecinueve. Era una joven nacida en los alrededores de París, en Dourdan (Sena y Oise), muy sencilla y muy bonita, según me han asegurado los que la conocieron en aquel tiempo. La vió, se enamoró de repente, olvidó por algunas semanas su idea fija, el «canal», y se la pidió á los padres sin preocuparse del dote. ¡No lo había! Pero no por eso fué menos feliz, y volvió al trabajo con mayor entusiasmo. Su mujer se lo debía todo y se lo devolvió todo en ternura y abnegación.

Un año después nació un hijo que recibió el nombre de Emilio.

Este hijo tenía, pues, en las venas sangre de tres naciones: dos abuelos maternos franceses, un abuelo paterno italiano y una abuela paterna griega. Además, si nació en París, el 2 de Abril de 1840, entre dos viajes de sus padres á Aix, la relación de las fechas demostraría que ha sido engendrado en Provenza.

Y es en Provenza, esa Italia de la Francia, donde el joven Emilio pasó la mayor parte de su infancia y toda su primera juventud.

Ayer, 2 de Abril de 1881, volví á ver la calle de San José. Se hacía de noche. El mercado de San José estaba casi desierto, iba á cerrarse.

Desde el puesto de la florista sentada á la puerta lancé una mirada en el interior. Las aves, las coles y las zanahorias, los montones de patatas dormían ya en la sombra de la noche. Y á la luz de un solo pico de gas encendido, el cobertizo de viejas vigas negras parecía más alto y más grande. Aquel mercado se conservaba lo mismo que en la época en que nació el que debía escribir el *Ventre de Paris*. Dejando el mercado, volviendo la espalda al bullicio de la calle de Montmartre, más ruidosa al acercarse la noche, penetré en la estrecha calle. A aquella hora no había allí carros ni coches; vaianse solamente algunos transeuntes. A pesar de ser el centro de París, respirábase en aquel lugar la calma y la intimidad de una calleja de provincias. A la izquierda, de pie, delante de la puerta, una planchadora, Gervasia quizás, pero una Gervasia con los brazos cruzados, después de haber trabajado todo el día, mirábame pasar, casi con sorpresa. A la derecha algunas botellas en un escaparate; no es una taberna, es una casa de comidas donde algunos albañiles limosinos, ya sentados á la mesa, meten sus cucharas en los platos de sopa de col. Después un fabricante de baúles y de sacos de viaje. Después una gran casa sin tiendas, con puerta burguesa, que forma con la calle una pequeña plaza cuadrada. Otra gran casa, la más hermosa de la calle, reedificada en 1839: cinco ventanas de fachada y cinco pisos. En la planta baja una ancha puerta cochera que todavía estaba abierta. Miré las cinco ventanas del cuarto piso. Había justamente luz en la última de ellas al lado de la calle de Sentier:

era la ventana del cuarto donde nació Emilio Zola.

En 1840, cuando Francisco Zola llegó de Provenza con su joven esposa á punto de dar á luz, en lugar de instalarse en una casa amueblada, como había hecho en otros viajes, previendo esta vez una larga permanencia, requerida por los obstáculos que había que vencer para la construcción de su canal, compró algunos muebles, y alquiló aquel cuarto piso en mil doscientos francos. La casa, completamente nueva, acababa de terminarse. Las ventanas del comedor daban á la calle de Croissant, ruidosa y febril, de donde salían todos los días algunos millones de periódicos para los cuatro extremos de París, de la Francia y del mundo entero. Cuando estuvo terminada la instalación y la canastilla dispuesta, llegó de Dourdan la señora Aubert, madre de la señora Zola, á fin de asistir al parto de su hija.

«Ojalá sea un muchacho.» Este era el voto ardiente del padre y de las dos mujeres. Se cumplió su deseo. El 2 de Abril de 1840, hacia las once de la noche, en un catre de tijera, colocado al lado de la ventana que he indicado, nació el futuro autor de los *Rougon-Macquart*.

Mientras que el niño Emilio echaba los primeros dientes, su padre, más activo que nunca, se agitaba en París, con un acrecentamiento de valor, esperando que aquel hijo aprovechase algún día el fruto de sus esfuerzos. Queriendo tener ahora todos los triunfos en su juego, buscó con ahinco una ocasión de ser presentado á M. Thiers. Este último concedióle inmediatamente su protección, que le fué de suma utilidad.

Se trabajaba entonces en las fortificaciones de París. El ingeniero inventa una máquina para el acarreo de las tierras. Gracias á M. Thiers, ensaya su invento en la puerta de Clignancourt, lo perfecciona y consigue que lo acepten. Y su máquina funciona en Montrouge, en 1842. Al año siguiente, á causa de este primer éxito, seguro desde ahora de ser apoyado en París, volvió á su idea favorita, el canal, y partió para Aix, estableciéndose allí con su mujer y su hijo.

Emilio tenía entonces tres años. Sus padres se instalaron al principio en el paseo de Santa Ana, y poco después en el callejón Sylvacanne, en una casa anteriormente habitada por la familia de M. Thiers. Al cabo de dos años y medio de estancia en Aix, no habiendo conseguido todavía vencer la oposición de algunos propietarios ribereños, volvió á París á solicitar «un real decreto de utilidad pública.» Decidido esta vez á no volver á poner los pies en Provenza sino triunfante, llevó consigo á su familia. Esta lucha suprema duró dieciocho meses. Por consiguiente, Emilio habitó por segunda vez en París desde los cinco años á los seis y medio. En fin, en los últimos meses de 1846, la familia pudo volver á Aix. El ingeniero, protegido por M. Thiers, había obtenido el «real decreto.» Después de diez años de esfuerzos y de perseverancia iba á ejecutar la obra proyectada. No tiene más que cincuenta y un años y se siente todavía lleno de vida y de fuerza. ¿No le quedan aún largos años para ejecutar la obra y gozar de la fortuna laboriosamente adquirida y de la cercana popularidad de su nombre en el distrito? Y

además, ¿aquel hijo que crecía en vigor y en inteligencia no estaba allí para heredar más tarde todo aquello? ¡Con qué gozo profundo, el día de la inauguración de los trabajos del canal, el padre, con las manos del niño entre las suyas, ve dar el primer golpe de azada á los trabajadores!... Tres meses después moría de una pleuresía adquirida vigilando á sus obreros, en una mañana de mis-tral, cuyo soplo helado se colaba con violencia en la cañada. ¡Y qué muerte! Ni siquiera en su casa, en Aix, en su lecho, sino en Marsella, en el cuarto de un hotel. Indispuesto y tosiendo ya, vióse obligado á ir á Marsella cuarenta y ocho horas para arreglar algunos asuntos y hospedóse como de cos-tumbre en el hotel Moulet, calle del Arbol, hoy demolido. La pleuresía se declaró durante la noche con una violencia tal, que al día siguiente hubo necesidad de hacer venir á la señora Zola. Ya no era posible trasladar á su marido, y al cabo de una semana dolorosa le vió espirar en sus brazos. Si queréis formaros una idea de este fin espanto-so, en el cuarto de un hotel, con los baúles toda-
via por abrir, en medio de rostros indiferentes, entre el vaivén de los viajeros, leed en una *Página de amor* el relato que hace madame Grandjean de la muerte de su marido en el hotel del Var, calle de Richelieu, en una ciudad donde no conoce á nadie. El novelista reprodujo allí algunos de los detalles conmovedores del relato real, que tantas veces había oído contar á su madre.

El cuerpo de Francisco Zola fué conducido á Aix y enterrado en el cementerio de la ciudad. Si vais á Aix, después de llegar á la puerta princi-

pal del cementerio, dirigios rectos hasta llegar delante del muro del fondo. Allí encontraréis una tumba; una simple piedra que rodea una cadena de hierro sujeta á seis postes de grani-to, y que sólo tie-ne esta inscrip-ción:

FRANCISCO ZOLA
1796-1847

El que está allí, desde hace treinta y cuatro años, de-jaba un hijo de corta edad y una viuda joven, inex-perta en los nego-cios; y á aquellos dos seres sin de-fensa en la vida, legaba por toda he-rencia una empre-sa cuyos trabajos apenas habían co-



Zola á los 22 años, cuando escribió los «Cuentos á Ninón»

menzado. El canal ha sido terminado, no según el proyecto completo, mucho más amplio, que comprendía tres diques escalonados, y que hubiese hecho inútil más tarde la construcción del canal del Verdon. Pero el canal corre y alimenta desde entonces las fuentes de la ciudad. Y la población, re-conocida, le ha llamado siempre «el canal de Zola». En fin, hace poco tiempo, bajo la República, ha

habido una municipalidad que ha comprendido la ingratitude de las municipalidades precedentes. Un boulevard de Aix se llama desde hace seis años «Boulevard Francisco Zola».

II

Infancia en Aix

El padre ha muerto. El hijo no es más que un niño de siete años. Sobre la madre pesa una empresa importante, de la cual depende la fortuna y hasta la existencia de la familia. ¿Qué va á ser de aquellos dos seres débiles é indefensos?

Al decir dos, cometo un error; debería decir cuatro.

Los abuelos maternos habian ido á fijarse á Aix, donde vivían con su hija y su nieto. Pero el abuelo, ya viejo y retirado del comercio, no se ocupaba de nada. Quien conservaba aún todas sus energías, era la abuela. Una verdadera mujer de la Beauce, nacida en Auneau, muy viva, muy alegre y muy robusta. Una cabeza fuerte, dispuesta á soportar gallardamente las penas y la vejez. ¡A los setenta años cumplidos no tenía ni un cabello blanco! Mientras había vivido su yerno, había permanecido un poco desorientada en aquella casa

confortable, casi lujosa y en medio de la vida espléndida que se complacía en llevar el ingeniero veneciano. Pero cuando se vieron obligadas á prescindir de criados, de hacerlo todo ellas mismas, se remangó los brazos y trajinó como cuatro, más que entristecida por aquel revés de fortuna, regocijada y rejuvenecida. Después de los procesos costosos desastrosamente perdidos por la viuda de Francisco Zola, se acaban las economías y desaparecen los pocos ahorros de los abuelos. Se acerca la ruina de una manera lenta, pero cierta. Y entonces, cuando fué preciso sacar algunos recursos de los últimos restos del lujo de otro tiempo, la mamá Aubert, atrevida y resuelta, es la que se encargó de ir á tratar con los prenderos.

Así se hacía sentir cruelmente la falta del padre. La actividad valerosa de la madre y de la abuela no tenía eficacia más que en el círculo restringido del hogar y de la economía doméstica. Los pleitos iban mal. La fortuna de la familia se agotaba. ¿Qué hacía durante aquel tiempo el niño que debía un día levantarla de nuevo?

Le mimaban y era feliz. Vivía inconsciente y en completa libertad. La madre y la abuela se ingeniaban en proporcionarle alegrías, de esas alegrías infantiles sobre las cuales se precipitan los niños sin preocupaciones de ninguna clase. Mientras que las dos mujeres se ven obligadas á preocuparse de todos los cuidados de la vida corriente, el pequeño Emilio, siempre en medio de ellas, mete la nariz en todas partes y quiere verlo todo. ¡Tanto peor, si sus manos son detenidas á cada instante por la presencia del pilluelo curioso, que